# **Un poco de buena suerte**

***Una pieza dramática en tono de comedia de Jorge Alberto G. Fernández***

*Junto a un banco de parque, o al doblar una esquina de casi cualquier ciudad, en casi cualquier país al Sur de este planeta nuestro, rodeado de andariveles y cachivaches viejos como únicas pertenencias, pasa los días de su vida Jacobo, un mendigo manco de ambas manos al que, por su estilo de vida, cualquiera podría catalogar, a la ligera, de loco. Quiso el destino —tal vez la suerte— que una mañana, o una tarde de esta era cristiana, pasara por aquel lugar Carmela, una mendiga ciega, pero con demasiado orgullo para pedir, que esconde su pobreza tras el disfraz de una gitana que intenta ganarse el pan como adivinadora.*

**Jacobo.** (*Llega cargado de trastos y cacharros que va ubicando mientras recita una versión muy personal del capítulo I del Eclesiastés*.) Vanidad de vanidades, todo es vanidad. ¿Qué provecho saca el hombre del trabajo con que se afana debajo del sol? Generación va y generación viene, más el mundo permanece igual. Sale el sol y el sol se pone. Sopla el viento hacia el norte y gira luego hacia el sur. Gira y vuelve a girar. Los ríos van todos a dar al mar, pero el mar nunca se llena. No hay hombre capaz de expresar tanta monotonía. Ni los ojos viendo se hartan de ver, ni los oídos oyendo se hinchan de oír. ¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará. Nada hay nuevo debajo del sol. ¿Hay algo de lo que se pueda decir: he aquí, esto es nuevo? Ya fue en los siglos que nos han precedido. No hay memoria de lo que precedió, ni tampoco de lo que sucederá habrá memoria en los que existirán. Yo, el predicador, fui rey sobre Israel en Jerusalén y di mi corazón a buscar con sabiduría sobre todo lo que se hace debajo del cielo. Miré todas las cosas debajo del sol, y he aquí que todo ello es vanidad. Lo torcido no se puede enderezar y lo falto no se puede contar. Hablé con mi corazón y dije: He aquí que me hallo engrandecido en sabiduría sobre todos los que fueron antes de mí en Jerusalén. Mi corazón ha percibido muchedumbre de sabiduría y ciencia. Y di mi corazón a conocer la sabiduría y también a entender las locuras y los desvaríos. Conocí que aún esto era aflicción de espíritu porque en la mucha sabiduría hay mucha molestia, y quien añade ciencia, añade dolor. (*Al terminar mira hacia arriba y la emprende con los pájaros*.) ¡A callar! Aquí nadie tiene derecho a cantar si no ha cumplido aún con su deber. ¡Pelotón! ¡Preparen! ¡Apunten! ¡Fuego!

*Se desploma en el suelo y al cabo de un rato de farfullar consigo mismo se queda dormido. Es entonces cuando entra Carmela pregonando su oficio.*

**Carmela.** ¡Adivinadora! ¡Adivinadora! ¡Se lee el destino en la palma de la mano! ¡Entérese del sentido de su propia existencia! Soy la gitana Carmela, descendiente directa de la Pitonisa délfica que predijo el futuro del mismísimo Edipo. No deje escapar esta oportunidad que tal vez toque a su puerta por única vez. Usted puede conocer el destino que los astros le tienen reservado. No permita que la vida haga su juego. ¡Adivinadora! ¡Adivinadora!

*Tropieza con Jacobo.*

**Jacobo.** ¡Ay! ¡Maldición! ¡Hereje! ¡Puñetera!

**Carmela.** ¿Le he dado un golpe...?

**Jacobo.** ¿Qué le pasa, estúpida? ¿No ve por dónde camina?

**Carmela.** Perdone... No me di cuenta...

**Jacobo.** No me di cuenta... No me di cuenta... ¿Está ciega? ¡Casi me parte un hueso!

**Carmela.** Perdóneme, por favor.

**Jacobo.** No perdono nada. Lárguese de aquí. Siga su camino.

**Carmela.** ¡Usted es un grosero... un cerdo! No, un cerdo no. Pido perdón a los cerdos. Es un... un...

**Jacobo.** ¡A ver, vamos, dígalo ya!

**Carmela.** Un desnaturalizado.

**Jacobo.** De contra que casi me mata tengo que aguantarle esto.

**Carmela.** ¡Su madre debió haber muerto en cuanto lo trajo al mundo porque usted no puede haber sido alimentado por la leche de una mujer!

**Jacobo.** ¿Qué más? A ver, dígame más.

**Carmela.** ¡Qué dios lo perdone!

*Se vuelve y echa a andar. Él se da cuenta de que es ciega.*

**Jacobo.** Eh... un momento, señora, le pido perdón. He sido un bruto. Estoy seguro de que no lo hizo a propósito.

**Carmela.** Usted me ha maltratado...

**Jacobo.** Perdóneme, por favor.

**Carmela.** Yo no soy dios para perdonar.

**Jacobo.** Venga. Regrese.

**Carmela.** Gracias, ya tuve bastante. En mala hora tomé este camino para que vinieran a echarme en cara mi desgracia.

**Jacobo.** ¿No se da cuenta que lo dije sin pensar? No me había percatado... no sabía que usted era...

**Carmela.** ¿Una dama? ¿No sabía que yo era una dama?

**Jacobo.** Estaba dormido y en medio de una pesadilla. Por eso me desperté exaltado. Le juro...

**Carmela.** No jure nada. Mejor no jure.

**Jacobo.** No se vaya, por favor. No me deje con este peso en la conciencia. ¿Cómo puedo compensarla?

**Carmela.** No se preocupe. Me doy cuenta que está siendo sincero. Además, soy yo quien siente pena por el golpe que le di.

**Jacobo.** No ha sido nada.

**Carmela.** No diga eso. Sé que le dolió.

**Jacobo.** Bueno, un poco, sí...

**Carmela.** ¿Ya ve? A ver, dígame, ¿dónde fue?

**Jacobo.** En una pierna.

**Carmela.** ¿Ya se revisó? ¿No le sangra?

**Jacobo.** No ha sido nada, hasta puedo saltar.

**Carmela.** Mejor tenga cuidado...

**Jacobo.** (*Salta y finge caer al suelo*.) ¡Ay! ¡Ay! ¡Mi pierna!

**Carmela.** ¿Qué le sucede? ¿Qué ha pasado? ¿Se lastimó?

**Jacobo.** (*Riendo*.) La engañé. Se asustó.

**Carmela.** Se está burlando de mí.

**Jacobo.** No lo tome a mal. Fue sólo una broma para suavizar...

**Carmela.** Muy gracioso.

**Jacobo.** Hablando en serio, dígame, ¿qué puedo hacer para compensarla?

**Carmela.** No insista. Le juro que no le guardo rencor. Cualquiera tiene un mal día. Ya usted se disculpó y con eso es bastante.

**Jacobo.** ¿Está segura?

**Carmela.** Por supuesto. ¿Sabe una cosa? Tal vez yo sí pueda compensarlo.

**Jacobo.** ¿A mí? ¿Por qué?

**Carmela.** ¡Hombre, por el golpe!

**Jacobo.** De ninguna manera.

**Carmela.** ¿Le gustaría conocer su futuro? Venga, deme su mano... La izquierda, que es la del corazón.

**Jacobo.** No se moleste. No estoy interesado. ¿Quiere sentarse? Tiene un banco a su derecha.

**Carmela.** Gracias. Venga, deme la mano.

**Jacobo.** No es necesario, le repito: no se moleste.

**Carmela.** Yo insisto.

**Jacobo.** Es que... no quiero ofenderla, pero le soy sincero, no creo en eso. No creo en la adivinación.

**Carmela.** Mire que no pienso cobrarle nada... ¿Qué más le da?

**Jacobo.** Bueno, no lo tome a mal, pero es que... fui criado bajo un credo cristiano, ¿entiende? Soy católico, apostólico y romano.

**Carmela.** ¡Ah! Ya. Comprendo. Pero aun así, ¿qué de malo podría tener? Nadie se va a enterar. No me diga que es usted un santurrón...

**Jacobo.** No es eso. Lo que pasa es que... ¿qué podría decirme que no conozca yo a estas alturas?

**Carmela.** A lo mejor tiene un futuro mejor que su presente y no lo sabe.

**Jacobo.** ¿Mejor? Mejor imposible, estimada señora. Dígame, ¿aceptaría un té?

**Carmela.** ¿Un té?

**Jacobo.** De hierbas... con tostadas...

**Carmela.** Me daría vergüenza aceptar. Apenas nos conocemos.

**Jacobo.** Precisamente. He ahí un motivo para conocernos. ¿No le parece?

**Carmela.** A tanta insistencia...

**Jacobo.** Será un placer.

**Carmela.** Espero no estar dándole mucho trabajo.

**Jacobo.** En lo absoluto. Lo hice hace algún rato y lo conservo caliente muy bien tapado. Podemos hablar mientras lo sirvo. A ver, comience usted. Pregúnteme lo que quiera.

**Carmela.** ¿Yo? Déjeme pensar... No se me ocurre nada. ¿Por qué no me pregunta usted? ¡Ya sé! Dígame, ¿a qué se dedica?

**Jacobo.** ¿Cómo?

**Carmela.** ¿Qué hace? Debe tener un oficio, una profesión...

**Jacobo.** ¿Una profesión?

**Carmela.** Hombre, Claro. De algo tiene que vivir. No le ha gustado mi pregunta. He sido indiscreta. ¿Se da cuenta? Le dije que no servía para estas cosas.

**Jacobo.** No, no. Es que... bueno... Fui... es decir.... soy... soy escritor.

**Carmela.** ¡Vaya, qué bien! ¿Y qué escribe?

**Jacobo.** De todo un poco, de esto y de aquello. Soy una suerte de escritor... bohemio. Voy por el mundo observando la vida, la gente, y luego escribo mis historias.

**Carmela.** ¡Qué bien! ¡Qué bien! Bueno, su turno.

**Jacobo.** Le pago con la misma moneda. ¿A qué se dedica?

**Carmela.** Esperaba la pregunta. Soy adivinadora profesional. Voy por el mundo leyendo el futuro en las manos de la gente. También leo el pasado, pero para eso no tengo clientes. El hombre que tuvo un pasado malo quiere olvidarlo, y el que lo tuvo bueno, no espera que se lo adivinen, prefiere contarlo. Así que como puede ver, me resigno a adivinar el futuro.

**Jacobo.** Ganará buena plata...

**Carmela.** La necesaria para vivir dignamente.

**Jacobo.** ¡Qué bien! ¿Y es de por aquí? Quiero decir, nunca antes la había visto.

**Carmela.** Yo, al igual que usted, amigo mío, tengo un espíritu bohemio. No soporto estar mucho tiempo en el mismo lugar. Además, por mi oficio me veo obligada a moverme constantemente. Una vez que agoto el potencial de clientes de una región debo mudarme a otra o corro el riesgo de quebrar. Soy un poco como las aves migratorias. En verano vivo en el norte, pero cuando llega el invierno vuelo hacia el sur. ¿Qué le parece?

**Jacobo.** Tengo la impresión, señora mía, que somos algo así como almas gemelas. Mire, aquí tiene. Las tostadas son de pan bueno, eh, de panadería francesa. Y el té, un compendio de las mejores yerbas que hay por los alrededores. (*Carmela lo prueba y no puede evitar una mueca*.) ¿Qué le sucede? ¿Lo encuentra amargo?

**Carmela.** Nada de eso. Está sabroso. Es un té a la inglesa.

**Jacobo.** No. Está amargo, lo sé. ¿Sabe qué pasa? Nunca consumo mucho azúcar. Nadie sabe lo dañina que puede resultar. Siempre que puedo, trato de procurarme dietas sanas. Le diré una cosa. Soy un vegetariano empedernido.

**Carmela.** Pues no sabe lo que se pierde. Yo soy una omnívora sempiterna.

**Jacobo.** (*Ríe*.) Me gustaría mostrarle un pequeño huerto que cultivo. Tengo ahí toda clase de vegetales y hasta unas flores silvestres que si no lo toma a mal podría obsequiarle...

**Carmela.** (*Hurgando en sus bolsillos*.) ¡Me encantan las flores silvestres! Son mucho más... más... ¡Vaya qué cosa! No logro dar con la palabra. ¡Qué más da! Son mucho más que las de jardín, ¿no le parece?

**Jacobo.** Sin dudas. Cuando yo lo digo. Somos almas gemelas. Pero, ¿qué busca?

**Carmela.** Aquí está. Un caramelo de menta. ¡Qué pena! Sólo queda uno. Tenía una caja llena y me los he comido todos, pero creo que podemos compartir este. Tome. Pártalo a la mitad.

**Jacobo.** ¿Yo? ¿Partirlo? ¿A la mitad?

**Carmela.** ¡Hombre, claro! Una para usted y la otra para mí.

**Jacobo.** Si quiere que le diga la verdad, me gustan los caramelos, pero los evito a como dé lugar. Son enemigos declarados de la dentadura.

**Carmela.** No me va a despreciar medio caramelito. Es más, no tiene que masticarlo. Échelo en su té para que vea qué sabor le da.

**Jacobo.** No hace falta. Ya le dije, no me gusta comerlos, pican los dientes...

**Carmela.** Pero, ¿me va a hacer semejante desaire? ¿Qué daño puede hacerle medio caramelo disuelto en el té?

**Jacobo.** Ya veo. No le ha gustado.

**Carmela.** No es eso. Mire, mire como me lo tomo. ¿Ve? No es nada contra su té. Se trata de mostrarle una variante saludable y sabrosa.

**Jacobo.** Es que no tengo con qué picarlo...

**Carmela.** ¡Qué calamidad! Pártalo entonces con los dientes.

**Jacobo.** ¡Eso sí que no! Mire que puedo perder uno. Ya le digo: cómaselo usted.

**Carmela.** Como se ve que no me conoce... Y a propósito de conocernos, llevamos horas hablando y todavía no nos hemos presentado.

**Jacobo.** Tiene razón. ¡Qué vergüenza! Me llamo Jacobo.

**Carmela.** Carmela, para servirle.

**Jacobo.** Es un placer, Carmela.

**Carmela.** El placer es todo mío.

*Extiende su mano, pero Jacobo disimula para ocultar la ausencia de la suya.*

**Jacobo.** Creo que por ahí debo tener una navaja; mi vieja navaja de afeitarme.

**Carmela.** No, su navaja no, pudiera mellarle el filo.

**Jacobo.** Hace bastante tiempo decidí dejarme crecer la barba. Me da un aspecto más...

**Carmela.** Bohemio...

**Jacobo.** Eso. Más bohemio. ¡Pero qué sensibilidad la suya! Cuando yo lo digo...

**Carmela.** Somos almas gemelas. Olvide su navaja, ¿quiere?

*Parte el caramelo con los dientes.*

**Jacobo.** ¡Tenga cuidado...!

**Carmela.** Tome, su mitad. Échela en el té, no se va a arrepentir.

**Jacobo.** (*Echa su mitad en el té, lo agita un poco y lo prueba*.) ¡Delicioso! ¡Delicioso! Creo que de ahora en adelante voy a comprar caramelos de menta para acompañar mis tisanas. (*Saborean la infusión y comen el pan con avidez. Al terminar, Carmela se incorpora*.) Pero, ¿qué hace?

**Carmela.** No quisiera ser descortés, pero creo que va siendo hora de marcharme.

**Jacobo.** Pero, ¿por qué?

**Carmela.** Ya es tarde, Además, imagino que debe estar en tiempo de regresar a su casa, ¿no?

**Jacobo.** ¿Qué dice? Todavía es temprano... No se vaya, por favor. Acompáñeme otro rato. ¿Por qué no me cuenta un poco más sobre usted? O si lo prefiere yo puedo hablar de mí mismo, no me cuesta ningún trabajo.

**Carmela.** Estoy segura. Ustedes los escritores son personas egocéntricas. No lo irá a negar. ¿Sabe qué pasa? Es que aún no me he ganado la vida hoy. No puedo pasarme todo el día sentada aquí sin hacer nada... ¡Caramba, creo que me ha cagado un pájaro! ¡Ay, perdón por la palabrota!

**Jacobo.** ¡Vaya, me ha robado usted mi buena suerte de hoy!

**Carmela.** ¿Su buena suerte?

**Jacobo.** ¿Por qué piensa que paso tantas horas aquí bajo los árboles?

**Carmela.** ¿No me irá a decir que se sienta a esperar que lo ca... que lo ensucien los pájaros?

**Jacobo.** No se puede imaginar, al llegar la noche, la cantidad de buena suerte que he acumulado.

**Carmela.** Pero, ¿qué historia es esa? Si quiere que le sea sincera —y va a tener que perdonarme— pienso que esta costumbre suya es muy poco higiénica; eso sin contar con que considero que uno no debe quedarse sentado a esperar que la suerte le caiga del cielo.

**Jacobo.** ¡Ah, ¿no?!

**Carmela.** Hay que salir en pos de ella, amigo mío. ¿No me ve a mí? ¿Qué suerte cree que pueda tener si no salgo al camino a buscarme el sustento? ¿Cómo podría comer si me quedo todo el tiempo en un mismo lugar a esperar que me caiga todo del cielo?

**Jacobo.** Me parece, amiga mía —y va a tener que perdonarme usted a mí— que está mezclando las cosas.

**Carmela.** ¿Mezclando? ¿Cómo que mezclando?

**Jacobo.** Mezclando, sí. Dígame, ¿qué es la suerte para usted?

**Carmela.** ¿La suerte? Pues eso: lo fortuito, lo casual, lo inesperado.

**Jacobo.** ¿Se da cuenta? Entonces su sustento no le va a llegar gracias a lo casual, a lo fortuito, o a lo inesperado, como dice, sino porque usted misma salió a buscarlo. Ahí, como puede darse cuenta, no hay casualidad. ¡Mire qué cosa! Pienso que con un poco de buena suerte usted no tendría que salir a desandar el mundo para ganarse el sustento.

**Carmela.** ¿Le parece?

**Jacobo.** ¡Por supuesto!

**Carmela.** En ese caso creo que no estaríamos hablando ya de la suerte.

**Jacobo.** ¿De qué si no?, si se puede saber.

**Carmela.** ¿No se imagina?

**Jacobo.** Me temo, Carmela, que la única adivinadora que hay por aquí es usted.

**Carmela.** Estaríamos hablando de algo mucho más poderoso y trascendental: el destino. Destino y suerte, estimado Jacobo, no son la misma cosa. El destino —eso lo sabe hasta un niño— es más bien contrario a la suerte.

**Jacobo.** ¿Cómo que contrario? Está intentando confundirme.

**Carmela.** ¿No estábamos de acuerdo en que la suerte era obra de la casualidad?

**Jacobo.** De acuerdo, sí.

**Carmela.** Pues el destino es... lo inexorable, lo inevadible, lo inevitable...

**Jacobo.** Creo que está siendo redundante...

**Carmela.** Es algo que viene con uno desde el mismo instante en que se nace... ¿Qué digo nace? Desde antes de ser concebido.

**Jacobo.** ¿Cómo así?

**Carmela.** Déjeme ver cómo hago para que entienda. Para muchas personas el destino puede estar relacionado, por ejemplo, con un hijo que han de tener inexorablemente...

**Jacobo.** Creo que no la estoy entendiendo.

**Carmela.** Le explico. Pongamos por caso que usted sea mujer...

**Jacobo.** ¿Y por qué no se pone usted como ejemplo, a ver?

**Carmela.** Está bien. Voy a cambiar de ejemplo. Usted conoce a una mujer que podría ser el amor de su vida.

**Jacobo.** Eso está mucho mejor.

**Carmela.** Se unen y planifican su familia. Al cabo del tiempo ella concibe un hijo suyo, pero juntos tienen un accidente en el que mueren usted y el bebé, quedando ella sola, desamparada, desconsolada... y ciega en medio de este torbellino que tenemos por vida.

**Jacobo.** ¡Qué ejemplo tan triste el suyo!

**Carmela.** En este caso, no sólo estaría determinado su destino, sino el de su hijo y el de ella.

**Jacobo.** ¿Y acaso no se trata precisamente de mala suerte?

**Carmela.** No. Rotundamente no. Pongamos por caso que usted conoce cuál va a ser su destino porque... no sé, porque alguien lo leyó en la palma de su mano hace veinte años...

**Jacobo.** En ese caso no me casaría por nada del mundo.

**Carmela.** Eso cree usted. Usted puede haber contado con la suerte de tropezarse en su camino con una adivinadora que le predijo su suerte...

**Jacobo.** ¿Cómo dijo?

**Carmela.** Quise decir su destino. Fue apenas un lapso. No quiera ahora llevar la cosa a los extremos. Usted tiene la suerte de conocer su destino y se propone no casarse nunca para no tener que pasar por tal trance. ¿Quiere que le diga algo? No habrá resolución ni fuerza humana —o divina— en este mundo que pueda impedir que este vaticinio se cumpla.

**Jacobo.** ¿Cómo es posible?

**Carmela.** Esa respuesta no se la puedo dar. El cómo es totalmente inextricable. Puede haber mil formas. ¿Usted no es católico? ¿No ha oído nunca el refrán de los caminos del Señor?

**Jacobo.** Así que intenta ganar su batalla con armas robadas al enemigo.

**Carmela.** Seguramente conoce también la frase del fin y los medios, ¿o me equivoco?

**Jacobo.** Ahora resulta que me ha salido maquiavélica...

**Carmela.** Nada de eso. Sólo pretendo sacarlo de su error.

**Jacobo.** Pero me parece que se está contradiciendo.

**Carmela.** ¿Por qué?

**Jacobo.** Dice que es ponderable el quedarme sentado a esperar que la suerte me caiga del cielo. Y que el destino —a pesar de que suerte y destino, ya quedó claro, no son la misma cosa— es inevitable.

**Carmela.** Así mismo.

**Jacobo.** Esto me hace intuir que por mucho que yo ande o desande la vida, no voy a encontrar salida alguna para mi destino...

**Carmela.** Usted no ha intuido nada, señor. Eso se lo acabo de decir yo ahora mismo...

**Jacobo.** Está bien. De acuerdo. Pues en ese caso, prefiero quedarme sentado y lo que vaya a suceder, que suceda, sea esto suerte o destino.

**Carmela.** Lo que digo es, sencillamente, que el destino es inexorable, pero la suerte es sólo el producto de la combinación en tiempo y espacio de diversas circunstancias que...

**Jacobo.** ¡Por eso mismo...! ¿La suerte no es casualidad?

**Carmela.** Sí, como quien dice...

**Jacobo.** ¿Entonces?

**Carmela.** ¿Entonces, qué?

**Jacobo.** ¿Qué tal si moviéndome para encontrar la suerte es ella quien viene hasta mí y no logra encontrarme?

**Carmela.** Usted me ha salido un poco extremista, ¿no le parece?

**Jacobo.** La tengo acorralada, la tengo acorralada.

**Carmela.** Ni por un instante.

**Jacobo.** Le voy a poner un ejemplo que le va a hacer deponer las armas. Yo siento que mi destino hace ya bastante que se cumplió...

**Carmela.** ¡No! No diga eso. Tal vez me expresé mal. El destino no es uno solo. El destino es múltiple, variado. Hay destino en cada página del libro de la vida. El destino de esa supuesta esposa suya podrá ser enviudar, perder a su hijo, quedar en la miseria, pero también, por otra parte, puede, en tanto, no sé... ganar la lotería, y ese también sería su destino, o tal vez ella siempre deseó recorrer el mundo y nunca pudo hacerlo hasta que se quedó sola. ¿Comprende?

**Jacobo.** ¿Aun con esa terrible carga?

**Carmela.** Aun así.

**Jacobo.** ¿Cómo podía tener fuerzas para recomenzar?

**Carmela.** Hay que seguir viviendo, amigo mío. No nos queda otro remedio. Además, usted debe saber también que el destino sigue rigiendo la vida del hombre incluso hasta después de muerto. ¿No ha oído hablar nunca de artistas que sólo triunfan después de morir?

**Jacobo.** Así no quiero triunfar, mire qué cosa.

**Carmela.** Eso no es algo que usted pueda decidir o determinar.

**Jacobo.** Ya comprendo. Y comprendo también por qué no logra entenderme cuando digo que ya mi destino se ha cumplido.

**Carmela.** Amigo mío, no hay explicación que pueda hacerme cambiar de parecer.

**Jacobo.** Entonces creo que no tiene caso seguir discutiendo.

**Carmela.** Le advierto que para mí no ha sido una discusión, en el mal sentido de la palabra, sino una charla bastante interesante. ¿Me creería sí le dijera que desde mis tiempos de estudiante no tenía una igual?

**Jacobo.** ¿Cómo no creerle? A mí me ha sucedido lo mismo.

**Carmela.** Eso sí que no lo creo.

**Jacobo.** ¿Cómo? ¿Duda de mi palabra?

**Carmela.** Por supuesto. Estoy segura de que se pasará la vida discutiendo con sus colegas.

**Jacobo.** ¿Qué colegas?

**Carmela.** ¡Los escritores...!

**Jacobo.** ¡Ah! ¡Ya! Mis colegas... Tiene razón. No había pensado en ello. Resulta tan cotidiano que hasta, como ve, me olvido. Sí, en efecto, discutimos todo el tiempo.

**Carmela.** Filosofan...

**Jacobo.** Eso, filosofamos y comentamos nuestros proyectos.

**Carmela.** Bueno, ¿qué me dice entonces de los suyos?

**Jacobo.** ¿Los míos?

**Carmela.** Sus proyectos, sí. ¿Es que no está escribiendo nada ahora?

**Jacobo.** No por el momento. Aunque estoy madurando algunas ideas para una novela.

**Carmela.** ¡Una novela! ¡¿Se va a tirar en grande, entonces?!

**Jacobo.** En grande.

**Carmela.** ¿Y se puede saber sobre qué tratará?

**Jacobo.** ¿Cómo?

**Carmela.** La novela. ¿Qué argumento tendrá?

**Jacobo.** Eh... Todavía no estoy muy seguro.

**Carmela.** ¿Cómo que no está seguro? Un escritor como usted...

**Jacobo.** Está bien. Se lo voy a revelar. Pero que quede claro: sólo porque es usted, ¿me oye? Pienso escribir a cerca de un hombre que lo perdió todo, incluyendo su fe...

**Carmela.** ¿Hasta su fe?

**Jacobo.** Sobre todo su fe. Un hombre que tuvo, como cualquier otro, una vida, una casa, familia, dinero, amor, ideales... hasta que un día llegaron los malos a su vida y le arrebataron todo, incluso sus dos manos...

**Carmela.** ¡Sus dos manos! ¡Qué horror! Entonces tendrá un argumento triste...

**Jacobo.** Triste... sí...

**Carmela.** ¿Alguna historia real o ficción?

**Jacobo.** Pura ficción. Normalmente la gente pierde un dedo o una mano, pero no las dos...

**Carmela.** Sé de uno que se las cortaron, pero después de muerto... ¿Y cuándo comenzará a escribir?

**Jacobo.** No sé. Estoy esperando que me baje la musa.

**Carmela.** Así que además de esperar la suerte, también espera que le baje la musa. Si me permite preguntarle, ¿qué más espera que le llegue de arriba?

**Jacobo.** Ahora se está burlando de mí.

**Carmela.** Nada de eso. Es apenas una broma... para suavizar.

**Jacobo.** Se está vengando, ¿eh?

**Carmela.** No, no es una venganza. Ya conoce el refrán; a mal tiempo... Bueno, ahora sí me voy.

**Jacobo.** No, por favor todavía es temprano.

**Carmela.** Pero entienda, Jacobo, tengo que buscarme la vida. Y no piense que me resulta fácil. Mire, usted mismo no ha querido que le adivine el futuro ni siquiera gratis. Imagínese lo duro que me resultará encontrar clientes que quieran pagar. Debo marcharme ya.

**Jacobo.** (*En un rapto*.) ¿Qué tal si yo le buscara clientes?

**Carmela.** ¿Qué dice? ¿Ahora?

**Jacobo.** Sí, ahora, ¿por qué no?

**Carmela.** Pero... ¿Por qué haría eso?

**Jacobo.** ¿Quiere saber algo? Prométame que no se va a ofender.

**Carmela.** ¿Cómo puedo prometer tal cosa?

**Jacobo.** Está bien. No lo prometa. Pero no saque conclusiones anticipadas.

**Carmela.** Diga lo que tenga que decir, por favor.

**Jacobo.** Es que... apenas la he conocido hoy y ya me siento como adicto a usted. No piense, por favor, que se trata de algo... No es lo que se imagina...

**Carmela.** No saque conclusiones anticipadas sobre lo que yo pueda pensar. Lo que usted siente puede tener dos nombres. ¿Se los digo...? No, mejor no le digo nada.

**Jacobo.** No sé qué decir... Bueno, sí. Tengo una propuesta que hacerle.

**Carmela.** Espero que no sea una propuesta indecente.

**Jacobo.** No. Se trata de una propuesta de negocios.

**Carmela.** Hace tiempo que no escuchaba esa palabra. Veamos, ¿qué tiene que ofrecerme?

**Jacobo.** Como le dije mi única ocupación en esta vida es escribir y sólo lo hago cuando estoy inspirado. Mientras espero pacientemente que me baje la musa me dedico a contemplar la vida. A veces la musa pasa largos períodos sin bajar y yo... digamos que me aburro al no tener qué hacer.

**Carmela.** ¡Pero vaya al grano, señor mío!

**Jacobo.** Tiene razón. Le propongo que hagamos una compañía.

**Carmela.** ¿Una compañía? ¿Cómo se entiende eso? ¿Está hablando en serio?

**Jacobo.** Como nunca en mi vida.

**Carmela.** ¿Qué clase de compañía sería esa? Yo no tengo nada que invertir...

**Jacobo.** Una compañía de adivinación. ¿No dice que es una adivinadora profesional?

**Carmela.** ¿Yo? Bueno... sí... Por supuesto que lo soy.

**Jacobo.** Muy bien. Tal vez de ahora en adelante usted pudiera venir a este lugar todos los días como se va a trabajar a una oficina o a una fábrica y yo me encargaría de asegurarle la clientela.

**Carmela.** No estoy entendiendo bien...

**Jacobo.** Es muy sencillo. En lugar de andar por el mundo de norte a sur y de sur a norte, como usted dice, vendría aquí todos los días de trabajo, o si lo desea todos los días de la vida; se sentaría —podríamos conseguir unos cojines cómodos— y yo sería quien me movería por los alrededores buscando clientes. Podríamos hasta inventar un toldo para protegerla del exceso de buena suerte si tanto le desagrada...

**Carmela.** No sé qué decirle. Estoy algo confundida con esta propuesta.

**Jacobo.** Ya le dije que era una propuesta de negocios. Si quiere saber, tanto el comercio, como las relaciones públicas y los trabajos intelectuales, siempre han sido mi fuerte. Bueno, ya le dije; soy escritor.

**Carmela.** Todo eso está muy bien, pero negocios son negocios -Bisnes ar bisnes. Y si este... negocio que me propone llegara a funcionar, tendríamos que tocar el tema de las ganancias.

**Jacobo.** Sobre ese aspecto podríamos conversar a partir del momento en que veamos los frutos, ¿no le parece? Aunque estoy seguro de que el éxito será rotundo. Me imagino que llegará el día en que no será necesario movernos a buscar clientes. Ellos mismos traerán a otros y estos a su vez a otros y así sucesivamente. Verá como le van a hacer colas aquí.

**Carmela.** No diga eso, mire que puede perder su empleo. Pero, ¿cómo puede estar tan seguro? Ni siquiera me ha permitido que le lea su futuro para saber si soy buena en realidad o no.

**Jacobo.** Aunque lo hiciera, ¿cómo sabría yo si es buena? Tendría, en todo caso, que esperar a que pasara el tiempo y se dieran sus predicciones, o tal vez tendría hasta que morir. ¿No? Le confieso que soy demasiado impaciente.

**Carmela.** Bueno, entonces su pasado...

**Jacobo.** Eso no, por favor, el pasado no... El pasado no...

**Carmela.** Perdone.

**Jacobo.** Podríamos empezar hoy mismo. Voy a recoger este reguero, para que todo luzca más decente...

**Carmela.** Me parece que está siendo presa de un exceso, o más bien de un acceso de entusiasmo.

**Jacobo.** Nada de eso. Mi olfato de negociante jamás me ha fallado. Tengo una corazonada que me dice que todo va a salir mejor incluso de cómo lo esperamos. Con el tiempo podremos mejorar y mudarnos a un local cerrado porque aquí a la intemperie tendremos que dejar de trabajar los días de lluvia. Bueno, esos serían nuestros feriados.

**Carmela.** Imagino que en algún momento tendremos que pedir un permiso oficial y pagar una licencia. Debemos averiguar desde ahora cuál sería el impuesto a pagar por adivinación. No me gusta nada la idea de terminar en prisión por pretender burlar el fisco.

**Jacobo.** Pagaremos el impuesto si fuese necesario. ¿Qué me dice? ¿Lo intentamos?

**Carmela.** Bueno... con probar nada perdemos.

**Jacobo.** ¿Me permite, entonces, llamarla socia?

**Carmela.** Por supuesto. Vamos a cerrar este negocio con un apretón de manos. (*Levanta su mano dejando atónito a Jacobo quien no sabe qué hacer*.) ¿Qué pasa, socio, se arrepiente ahora? (*Ofrece un muñón a Carmela. Esta lo palpa desconcertada…*

**Para obtener la escena final, tenga a bien contactarse con el autor.**